

Esta es una pequeña muestra
del libro *El progreso del peregrino*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

El progreso del peregrino

El progreso del peregrino

De este mundo al venidero

Relatado bajo el símil de un sueño, en el que se descubre la manera de su partida, su peligroso viaje y su llegada a salvo al país anhelado

«Usé parábolas» (Oseas 12:10)

John Bunyan



EDITORIAL PEREGRINO
LA EXCELENCIA DE LA PALABRA

El progreso del peregrino

John Bunyan

© 2025 por Poiema Publicaciones y Editorial Peregrino, S.L.

www.poiema.co www.editorialperegrino.com

info@poiema.co info@editorialperegrino.com

Publicado por primera vez en inglés en 1678 bajo el título

The Pilgrim's Progress

Esta edición se ha llevado a cabo a partir de la edición en español de 1935,
publicada por la Editorial Juan de Valdés

Copyright © 2006, 2012, Editorial Peregrino, S.L.

Traducción: Carlos Araujo García

Versión métrica de los fragmentos en verso: Carlos Araujo Carretero Revisión
y actualización del texto: Juan Sánchez Araujo

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión *Reina–Valera* 1960 © Sociedades
Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla LBLA han sido tomadas de *La
Biblia de las Américas* © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usada
con permiso.

ISBN: 978-1-965296-33-2

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1935	9
VIDA DE JOHN BUNYAN	10
PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN	14
PRÓLOGO APOLOGÉTICO DEL AUTOR	17

CAPÍTULO 1

Comienza el sueño del autor: Cristiano, convencido de pecado, huye de la ira venidera, y Evangelista lo dirige a Cristo	26
---	----

CAPÍTULO 2

Prosigue Cristiano su peregrinación y Obstinado y Flexible lo abandonan	29
---	----

CAPÍTULO 3

Cristiano abandona su camino engañado por Sabio-según-el-mundo; pero Evangelista le sale al encuentro, y lo pone otra vez en el mismo camino	36
--	----

CAPÍTULO 4

Cristiano llega a la puerta angosta, pide el cumplimiento de la promesa evangélica, llama, y lo reciben con afabilidad	45
--	----

CAPÍTULO 5

Cristiano en casa de Intérprete: las cosas que allí vio; un buen ministro del evangelio; regeneración gratuita, por la fe, de un corazón naturalmente corrompido; la mejor elección; la vida espiritual sostenida por la gracia; la perseverancia; la apostasía; el Juicio Final	49
--	----

CAPÍTULO 6

Cristiano llega a la cruz: se le cae la carga de los hombros, es justificado y recibe una investidura y un diploma de adopción en la familia de Dios 60

CAPÍTULO 7

Cristiano encuentra a Simplicidad, Pereza y Presunción entregados a un profundo sueño; Formalista e Hipocresía lo desprecian; sube por el collado Dificultad; pierde el rollo y lo encuentra de nuevo 62

CAPÍTULO 8

Cristiano pasa con seguridad entre los dos leones, y llega al palacio Hermoso, en donde lo admiten con afabilidad y lo tratan con atención y cariño 70

CAPÍTULO 9

Entra Cristiano en el valle de Humillación, en donde Apolión lo asalta con fiereza; pero Cristiano lo derrota con la espada del Espíritu y la fe en la Palabra de Dios 82

CAPÍTULO 10

Cristiano sufre muchas aflicciones en el valle de Sombra-de-muerte; pero habiéndole enseñado la experiencia a ser vigilante, anda siempre con la espada desnuda en su mano, ejercitándose en la práctica de la oración; y de esta manera atraviesa con seguridad el valle sin sufrir daño alguno 90

CAPÍTULO 11

Cristiano encuentra en Fiel a un excelente compañero; pero su temor encomiable a juntarse con él le enseña y nos enseña a ser muy cautos en cuanto a elegir los compañeros de religión. Juntos, por fin, tienen conversaciones muy provechosas 97

CAPÍTULO 12

En Locuacidad tenemos el verdadero retrato de tantos falsos maestros de religión, que pretenden que esta consiste en mucho hablar y no obrar nada 108

CAPÍTULO 13

Evangelista sale otra vez al encuentro de los peregrinos y los prepara para nuevas penalidades. Estos entran en la feria de Vanidad, y la gente se burla de su vestido, su lenguaje y su conducta; los persiguen, y aquellas gentes entregan a la muerte a Fiel 122

CAPÍTULO 14

Cristiano encuentra en Esperanza a un excelente compañero, y ambos, inflamados del amor de Dios, resisten a los sofismas sutiles de varios individuos que hallan en su camino 137

CAPÍTULO 15

Cristiano y Esperanza, viéndose rodeados de consuelos y de paz, caen en la negligencia, y tomando una senda extraviada son presa del gigante Desesperación; pero invocan al Señor, y quedan libres gracias a la llave Promesa 152

CAPÍTULO 16

Los Pastores de las montañas de Delicias hospedan a los peregrinos 163

CAPÍTULO 17

Conversación con Ignorancia; la situación terrible de Vuelve-atrás; el robo de Poca-fe; Cristiano y Esperanza caen en la red de Adulador por no consultar la nota del camino que se les ha dado 168

CAPÍTULO 18

Los peregrinos se encuentran con Ateo, a quien resisten con las enseñanzas de la Biblia. Pasan por Tierra-encantada, figura de la corrupción de este mundo en tiempos de sosiego y prosperidad. Se libran de ella por medio de la vigilancia, la meditación y la oración 182

CAPÍTULO 19

Los peregrinos hablan de nuevo con Ignorancia, y ven en sus palabras el lenguaje de un cristiano solo de nombre, que no ha conocido su estado de condenación, ni por consiguiente su necesidad de ser perdonado y justificado por gracia. También se refiere la conversación que tuvieron después acerca de Temporario, la cual es una advertencia terrible pero saludable para el lector 194

CAPÍTULO 20

Cristiano y Esperanza pasan por el agradable país de Tierra-habitada, superan sin daño el río Muerte y se los admite en la gloriosa Ciudad de Dios 208

CONCLUSIÓN 219

Al sacar a luz una nueva edición de *El progreso del peregrino*, creemos innecesario describir los méritos y hacer el elogio de un libro immortalizado ya por el juicio de dos siglos y por la admiración de millones de lectores. En opinión de muchos críticos y pensadores, la alegoría de Bunyan es el libro religioso más importante que se ha escrito en el mundo después de la Biblia: en la cual encontró el autor inglés la inspiración que guió su pluma.

Como libro de edificación espiritual, *El progreso del peregrino* contiene un caudal de enseñanzas y estímulos que lo hacen de inestimable valor para cuantos han emprendido la carrera hacia el Cielo. Como literatura, pocos pueden igualarlo en la sencillez y naturalidad de su estilo, el interés de su argumento y la admirable descripción de personajes, arrancados a la viva realidad.

En dos ediciones anteriores a la que ahora se ofrece al público, se han incluido las traducciones métricas de los prólogos en verso que Bunyan escribió en defensa de su obra, así como varios cánticos que el autor puso en boca de sus personajes; traducciones que, realizadas por el conocido pastor y poeta evangélico D. Carlos Araujo Carretero —quien ahora goza del descanso y de las glorias de la Ciudad Celestial— han servido para completar esta versión española de la célebre obra. Los que la conocen en el original podrán juzgar del acierto y la fidelidad con que se han hecho tales versiones.

En esta nueva edición constituyen una notable mejora las preciosas láminas del reputado artista inglés Harold Copping¹, realizadas en tricromía, las cuales —además del valor artístico que confieren al libro— interpretan más vivamente el carácter de los personajes de Bunyan, vestidos con rigurosa propiedad al estilo usual del tiempo en que vivió y escribió el soñador de Bedford.

¹ Omitidas en la presente edición por las razones indicadas en el prólogo a la presente edición.

JOHAN BUNYAN, hijo de un calderero, nació en el año 1628 en Elstow, cerca de Bedford, durante una época en que prevalecían las malas costumbres por toda Inglaterra. Su educación fue la que los pobres podían dar a sus hijos en aquellos días. Asistió a la escuela primaria y aprendió a leer y escribir, pero era un muchacho desaplicado y muy pocos de su edad lo aventajaban en maldecir, jurar, mentir y blasfemar. En sus días juveniles el terror era lo único que parecía tener alguna fuerza para sujetarlo. Durante el día tenía frecuentes y tenebrosos presentimientos de la ira venidera, y de noche le sobresaltaban unos sueños horribles. Su imaginación concebía apariciones de malos espíritus que venían a llevárselo, o le hacía pensar que había llegado el día final con todas sus terribles realidades. Tales eran los temores de su juventud.

Conforme iba creciendo se fue endureciendo su conciencia, sin que bastaran para despertarlo ni conmoverlo los extraordinarios y providenciales acontecimientos que le ocurrieron: dos veces estuvo a punto de morir ahogado; y durante la guerra civil, viéndose obligado a servir en el Ejército, un compañero suyo que había pedido y obtenido permiso para sustituirlo en una guardia recibió un tiro en la cabeza y murió en aquel puesto.

El matrimonio de Bunyan ejerció cierta influencia sobre su porvenir. La joven que tomó por esposa era muy pobre, y lo más valioso que tenía eran dos libros que su padre, hombre muy piadoso, le había dejado: *El camino sencillo al Cielo* y *La práctica de la piedad*. La Sra. Bunyan leía con frecuencia estos libros en compañía de su marido, y le refería a este la vida santa que su padre había llevado. El resultado fue que Bunyan sintió un

vivo deseo de reformarse. Y así lo hizo; pero solamente en lo externo. Su corazón no experimentó cambio alguno, y su vida continuó por el mismo camino de pecado que hasta entonces había seguido.

Un sermón que oyó acerca del pecado de no santificar el día de reposo le impresionó fuertemente. La tarde de ese mismo día estaba ocupado en diversiones, como era su costumbre hacerlo, cuando de pronto se agolparon a su mente pensamientos acerca del Juicio venidero. Se quedó aterrado, e imaginó oír una voz del Cielo que le decía: «¿Quieres dejar tus pecados e ir al Cielo, o prefieres retenerlos e ir al Infierno?». Entonces, como un rayo, cruzó por su conciencia la convicción de que era un gran pecador; pero pensando que no había ya ocasión para buscar el perdón o el Cielo volvió desesperado a sus pasatiempos.

Algún tiempo después trabó amistad con un cristiano pobre, cuya piadosa conversación le tocó el corazón de tal manera que comenzó a leer la Biblia. En el libro encontró muchas cosas que lo alarmaron; y emprendió la reforma de sus palabras y de su vida, pero confiando solamente en sus propias fuerzas e ignorando el amor y la gracia de Jesucristo. Un día atrajo su atención la conversación que sostenían tres mujeres piadosas que se hallaban sentadas a la puerta de cierta casa en una de las calles de Bedford. Se acercó a ellas, y oyéndolas hablar de las cosas de Dios, de su obra en los corazones y de la paz de la reconciliación, vio que en la religión había algo que él no había conocido ni experimentado aún. No olvidó nunca las palabras de aquellas mujeres; y desde entonces abandonó la compañía de los viciosos y trató de asociarse con quienes tenían al menos cierta reputación de devotos.

Bunyan había emprendido ya su camino —saliendo de la ciudad de Destrucción—, pero cayó en muchos peligros y errores: apenas hay un temor de los muchos que pueden asaltar al espíritu ansioso de salvación que no inquietara alguna vez su mente. Por largo tiempo fue como el hombre que él mismo describe en su libro: encerrado en una jaula de hierro, privado del gozo de las promesas divinas y esperando aterrado una segura condenación (su lucha con el maligno nos recuerda también el combate de Cristiano contra Apolión). Pero, según sus propias y hermosas palabras, una mano misteriosa le alargó algunas hojas del árbol de la vida; las cuales aplicó a las heridas que había recibido en la batalla, y fue curado al instante. La fe lo llevó a la cruz de Cristo, y vino a ser más que vencedor por medio de Aquel que lo amó. Poco después de esto hizo pública profesión de su fe y comenzó a predicarles a otros al Salvador que él había encontrado.

Pronto tuvo que sufrir por causa de su religión: entre los años 1655 y 1660 predicó a menudo en la vecindad de Bedford, y en este último año fue arrestado y encerrado en la cárcel de dicha ciudad. Allí pasó doce años, exceptuando un breve intervalo de pocas semanas. Se ha dicho con frecuencia que Bunyan escribió *El progreso del peregrino* durante este encarcelamiento; pero algunos eruditos han demostrado que fue en otro posterior y más breve del año 1676 cuando compuso la primera parte de su obra inmortal. Esta se publicaría en los primeros meses de 1678, y la segunda parte no aparecería hasta el año 1685.

La obra de Bunyan ha sido elogiada por los literatos más eminentes. Se ha traducido a numerosos idiomas,

algunos de los cuales eran desconocidos para Europa en los días del autor. Los misioneros han llevado este libro a casi todos los países del mundo, y ahora *El progreso del peregrino* cuenta la historia de su viaje a los chinos en el Oriente, a los afroamericanos en el Occidente, a los groenlandeses en el norte y a los isleños en el Pacífico Sur. La Sociedad de Tratados Religiosos de Londres fue la primera en ayudar a la impresión de esta obra en más de mil idiomas.

Bunyan escribió también otra alegoría —*La guerra santa*—, publicada en 1682 e inferior a *El progreso del peregrino* tanto en mérito literario como religioso. Refirió asimismo la historia de su vida y de sus experiencias religiosas de manera inimitable en su libro *Gracia abundante*, y que es digno de figurar al lado de las *Confesiones* de S. Agustín y de las *Conversaciones de sobremesa* de Lutero. Además de estas grandes obras, compuso muchos folletos, algunos de los cuales se leen aún con gran placer y provecho.

En la cárcel aprendió Bunyan el arte de hacer encaje de flecos largos, con lo cual ayudaba a mantener a su familia. Después de su liberación llevó una vida muy útil para la obra de Cristo, como pastor de la congregación independiente en Bedford, y como predicador y escritor. Murió en 1688, en una casa donde había una tienda con el rótulo LA ESTRELLA, y lo enterraron en Bunhill Fields.

A pesar de los más de trescientos años que nos separan de la obra original de John Bunyan, *El progreso del peregrino* no debería considerarse una pieza de museo. Esta es, sin embargo, la idea que se transmite a veces en algunas de las ediciones publicadas, con el empleo de antiguas ilustraciones y hasta de un lenguaje claramente arcaico, que más parecen estar dirigidas a anticuarios y eruditos que a personas normales y corrientes que demandan una obra actual y atractiva.

Pero tampoco es correcto «adaptar» el texto de esta inmortal obra a los gustos o enfoques contemporáneos, recortándolo, condensándolo o resumiéndolo, pues ello no hace justicia ni al autor ni a los lectores que quieren leer y conocer al auténtico Bunyan. Por otro lado, las ediciones lujosas, si bien atractivas, no están al alcance de todos los bolsillos, lo cual limita la difusión de una obra que es esencialmente popular.

De ahí que Editorial Peregrino, haciendo honor a su nombre, haya emprendido la tarea de una nueva edición que, aprovechando la excelente traducción de Carlos Araujo García y la magnífica versificación de Carlos Araujo Carretero, ofrezca al público hispano una versión remozada, actualizada en cuanto al lenguaje pero fiel al texto original (efectuado por el nieto y bisnieto respectivamente de los anteriores), y que tampoco suponga una ruptura con el texto conocido y amado por varias generaciones de evangélicos españoles e hispano-americanos.

Carlos Araujo Carretero, nacido en Sevilla en 1856 y convertido a Cristo en 1869 a través del ministerio de Juan Bautista Cabrera, fue maestro de las Escuelas Evangélicas en Sevilla, Puerto de Sta. María, Málaga y

Santander. Predicador del Colegio Internacional para Señoritas en San Sebastián durante varios años, y ordenado pastor en Zaragoza, donde ejerció el pastorado durante treinta y siete años, además de en Bilbao, por otros siete más. Murió en esta última ciudad el 4 de octubre de 1925. Se le conoce por su obra literaria: *La misión de Fray Martín* —una obrita poética sobre Lutero—, *Versos para niños* (escrita para los alumnos de las Escuelas Evangélicas), *Sermones breves* (reeditado por CLIE en 1991), la versificación de *El progreso del peregrino* de Bunyan, un tomo de poesías y varios libros de ciencias. Colaboró en las revistas evangélicas *El Cristiano* y *La Luz*, y en el periódico *El Liberal*, de Bilbao, dirigido por Indalecio Prieto, quien había sido él mismo alumno de las Escuelas Evangélicas. Se le considera, juntamente con Juan B. Cabrera, uno de los dos grandes poetas de la Segunda Reforma en España.

Carlos Araujo García, hijo primogénito del anterior, nació el 20 de diciembre de 1876. Desde joven colaboró con su padre como maestro y predicador en Zaragoza y el norte de España. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, marchó a Madrid, donde asistió a Cipriano Tornos y posteriormente a Federico Lindegaard en la Iglesia del Salvador (calles de Leganitos y Noviciado respectivamente). Fue también secretario general de Esfuerzo Cristiano, gerente de la Sociedad de Publicaciones Religiosas, para la que tradujo *El progreso del peregrino*, de Juan Bunyan, *Juan Calvino, su vida y su obra*, de C.H. Irwin, *Los libros de la Biblia*, de Angus y Green, y varios otros libros y folletos. Dirigió la revista *El Cristiano* y, posteriormente, fue redactor de *España Evangélica*. Ostentó también el cargo de secreta-

rio para el extranjero de la Alianza Evangélica Española y fue presidente de la Iglesia Evangélica Española. Tras varios años como catedrático de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), al finalizar la Guerra Civil en 1939, volvió a Madrid y se hizo cargo del pastorado de la Iglesia del Salvador, ejerciendo el mismo, durante dieciocho años, hasta el día de su fallecimiento el 27 de mayo de 1957.

La utilización de la versión Reina-Valera 1960 de la Biblia (la más difundida en el mundo evangélico de habla hispana) es asimismo una ayuda para que el lector pueda reconocer y entender más fácilmente los textos bíblicos tan profusamente citados por Bunyan.

Es vital que esta obra —una de las más traducidas después de la Biblia— sea conocida y asimilada por las nuevas generaciones, y para ello es necesario ofrecerles esta obra intemporal con una presentación y un lenguaje en armonía con nuestro siglo XXI, por lo que se ha prescindido de antiguos grabados y se le ha dado una presentación moderna. Porque, no lo olvidemos, la temática de *El progreso del peregrino* es tan actual como la vida misma, como el corazón del ser humano que, esencialmente, es igual en todas las épocas.

Ofrecemos, pues, a nuestros lectores esta nueva edición con la confianza de que será de utilidad tanto para niños como para jóvenes y adultos en una mejor comprensión y apreciación del mensaje de la Biblia misma.

LOS EDITORES

*No fue mi plan, cuando tomé la pluma
para empezar la obra que te ofrezco,
hacer un libro tal; no, me propuse
escribir una cosa de otro género;
la cual, estando casi concluida,
esta empezaba, sin fijarme en ello.*

*Y era que al escribir sobre el camino
por donde van los santos de este tiempo,
empleé con frecuencia alegorías
sobre la senda que conduce al Cielo:
en más de veinte cosas que narraba,
y otras tantas después se me ocurrieron.*

*Brotaban de mi mente estás figuras
como chispas sinnúmero del fuego.*

*Y dije: Si tan pronto aparecéis,
en orden os pondré con justo método;
no vayáis a llegar a lo infinito,
y a consumir el libro ya compuesto.*

*Lo hice así; mas no me proponía
mostrar al mundo mis escritos nuevos;*

*lo que pensaba yo, no lo sabía;
solo sé que no tuve por objeto
buscar de mis vecinos los aplausos,
sino dejar mi gusto satisfecho.*

*En componer el libro mencionado
Solo empleé de vacación el tiempo,
por apartar mi mente, al escribirlo,
de importunos, ingratos pensamientos.*

*Así con gran placer tomé la pluma,
y pronto consignaba en blanco y negro*

*las ideas venidas a mi mente,
sujetas todas al fijado método;
hasta tener la obrita, como veis:
su longitud, su anchura y su grueso.
Cuando estaba mi libro terminado,
a varios lo mostré, con el intento
de ver de qué manera lo juzgaban:
Unos, Viva; otros, Muera, me dijeron.
Unos me dicen: «John, imprime el libro».
Otros me dicen: «No». Según criterio
de varios, puede hacer un beneficio;
otros opinan con distinto acuerdo.
En esta variedad de pareceres,
yo me encontraba como en un estrecho,
y pensé: Pues están tan divididos,
lo imprimiré, y asunto ya resuelto.
Porque —pensaba yo— si unos lo aprueban
aunque otros bogan en canal opuesto,
con publicarlo se somete a prueba
y se verá quién tiene más acierto.
Y pensaba también: Si a los que quieren
tener mi libro, a complacer me niego,
no haré más que impedirles lo que puede
ser un placer muy grande para ellos.
A los que no aprobaban su lectura
les dije: Al publicarlo no os ofendo;
pues hay hermanos a los cuales gusta,
aplazad vuestros juicios para luego.
¿No lo quieres leer? Déjalo: algunos
comen carne, mas otros roen el hueso,*

*y por si puedo contentar a todos,
a todos hablo en los siguientes términos:
¿No conviene escribir en tal estilo?
¿Por escribir en él, acaso dejo
de hacerte bien cual yo me proponía?
¿Por qué tal obra publicar no debo?
Negras nubes dan lluvia, no las blancas;
mas si unas y otras a la vez llovieron,
la tierra con sus plantas las bendice,
sin lanzar a ninguna vituperio,
y recoge los frutos que dan ambas
sin distinguir de dónde procedieron.
Ambas convienen, cuando está la tierra
agostada por falta de alimento;
mas si está bien nutrida, las rechaza,
porque ya no le sirve de provecho.
Mirad al pescador cómo trabaja
para atrapar los peces; qué aparejos
dispone con astucia; cómo emplea
redes, cuerdas, triángulos y anzuelos;
mas aun habiendo peces, no lograra
pescarlos con sus varios instrumentos,
si no los busca, los atrae, los junta
y les enseña el codiciado cebo.
¿Y quién dirá las tretas y posturas
que tiene que adoptar el pajarero,
si quiere atrapar caza? Necesita
red, escopeta, luz, trampa, cencerro,
según las aves que atrapar pretenda,
y son innumerables sus rodeos.*

*Mas no le bastan; con silbido o toque
atraerá tal pájaro a su cepo;
pero si toca o silba, se le escapa
tal otro, que se atrapa con silencio.
Suele hallarse una perla en una ostra
o quizá en la cabeza de un escuerzo.
Pues si cosas que nada prometían
cosa mejor que el oro contuvieron,
¿quién desdeña un escrito, que pudiera
ayudarnos a buen descubrimiento?
Mi libro (aun desprovisto de pinturas
juzgadas por algunos como mérito)
no carece de cosas que superan
a otras muchas tenidas en aprecio.
«Bien juzgado ese libro —dice alguno—
yo desconfío de su buen suceso».
¿Por qué? «Porque es oscuro».
¿Qué más tiene?
«Es ficticio». ¿Qué importa? Yo sostengo
que algunos, con ficciones y con frases
oscuras, cual las mías, consiguieron
hacer que la verdad resplandeciese
con hermosos y fúlgidos destellos.
«Pero le falta solidez». Explicate.
«Esas frases, al corto de talento
le turban, y a nosotros las metáforas,
en vez de iluminar, nos dejan ciegos».
Solidez necesita quien escribe
de las cosas divinas, es muy cierto;
¿pero me falta solidez porque uso*

*metáforas? ¿Acaso no sabemos
que con tipos, metáforas y sombras
vino la ley de Dios y su evangelio?
En estas cosas el varón prudente
no encuentra repugnancia ni defectos;
los halla solo el que asaltar pretende
la excelsa cima del saber supremo.
El prudente se inclina, reconoce
que Dios habló por diferentes medios
con ovejas, con vacas, con palomas,
con efusión de sangre de corderos,
y es feliz al hallar la luz y gracia
que puso Dios en símbolos diversos.
No seáis presurosos en juzgarme
falto de solidez, rudo en exceso:
lo que parece sólido no siempre
tiene la solidez que nos creemos.
No despreciamos cosas en parábolas;
a veces recibimos lo funesto,
y privamos al alma de las cosas
que le pueden hacer grande provecho.
Mi frase oscura la verdad contiene,
como el oro la caja del banquero.
Solían los profetas por metáforas
enseñar la verdad; sí, quien atento
a Cristo y sus apóstoles estudie,
verá que la verdad así vistieron.
¿Temeré yo decir que la Escritura,
libro que a todos vence por su mérito,
está llena doquier de analogías,*

*de figuras, parábolas y ejemplos?
Pues ese libro irradia los fulgores
que nuestra noche en día convirtieron.
Vamos, que mi censor mire sus obras,
y hallará más oscuros pensamientos
que en este libro; sí, sepa que tiene
en sus mejores cosas más defectos.
Si apelamos ante hombres imparciales,
por uno a su favor, yo diez espero
que prefieran lo dicho en estas líneas
a sus mentiras en brillante arreo.
Ven, Verdad, aun cubierta de mantillas,
tú informas el juicio, das consejo,
agradas a la mente y haces dócil
la voluntad a tu divino imperio;
tú la memoria llenas con las cosas
que la imaginación ve con recreo
y a la vez dan al ánimo turbado
preciosa paz y bienhechor consuelo.
Sanas frases, no fábulas de viejas,
manda san Pablo usar a Timoteo;
mas en ninguna parte le prohíbe
el uso de parábolas y ejemplos,
que encierran oro, perlas y diamantes,
dignos de ser buscados con empeño.
Una palabra más. Hombre piadoso,
¿te ofendes? ¿Era acaso tu deseo
que yo diese otro traje a mis ideas,
o que fuese más claro, más expreso?
Déjame proponer estas tres cosas,*

y al fallo de mis jueces me someto.

*1ª. Hallo que puedo usar, nadie lo niega,
mis asuntos, si abuso no cometo,
con palabras, con cosas, con lectores;
si en el uso de símiles soy diestro
y en aplicarlos, procurando solo
de la verdad el rápido progreso.
¿Negar he dicho? No; tengo licencia
(y también de hombres santos el ejemplo,
que agradaron a Dios en dichos y obras
más que cualquiera del presente tiempo)
para expresar las cosas excelentes
en sumo grado que pensadas tengo.*

*2ª. Hallo que hombres de talla cual los árboles
en diálogos escriben, y por eso
nadie los menosprecia; quien merece
maldición es quien usa su talento
en abusar de la verdad, que debe
llegar a ti y a mí, según los medios
que Dios quiera emplear; ¿porque quién sabe
mejor que Dios, el que enseñó primero
el uso del arado, cómo debe
dirigir nuestra pluma y pensamiento?
Él es quien hace que las cosas bajas
suban a lo divino en raudo vuelo.*

*3ª. Hallo que la Escritura en muchas partes
presenta semejanza con mi método:
pues nombrando una cosa, indica otra;
se me permite, pues, sin detrimento
de la verdad, que con sus rayos de oro*

*lucirá como el sol en día espléndido.
Y ahora, antes de soltar la pluma,
de este mi libro mostraré el provecho,
y él y tú quedan en la mano que alza
a los humildes y hunde a los soberbios.
Este libro a tu vista pone al hombre
que va buscando incorruptible premio:
muestra de dónde viene, adónde marcha,
lo que deja de hacer y deja hecho;
muestra cómo camina paso a paso,
hasta que llega vencedor al Cielo.
Muestra, además, a los que van con brío
esa corona, al parecer, queriendo;
mas veréis la razón por que pierden
sus trabajos y mueren como necios.
Mi libro hará de ti fiel peregrino,
si te quieres guiar por sus consejos;
él te dirigirá a la Santa Tierra,
si de su dirección haces aprecio;
él hará ser activos a los flojos,
y hará ver cosas bellas a los ciegos.
¿Eres algo sutil y aprovechado?
¿Quieres una verdad dentro de un cuento?
¿Eres olvidadizo? ¿Desearas
en todo el año conservar recuerdos?
Pues lee mis ficciones, que se fijan
en la mente, y al triste dan consuelo.
Para afectar al hombre indiferente
está escrito este libro en tal dialecto;
parece novedad, y solo encierra*

sana y pura verdad del evangelio.
¿Quieres quitar de ti melancolía?
¿Quieres tú, sin locura, estar contento?
¿Quieres leer enigmas explicados,
o contemplar absorto y en silencio?
¿Quieres manjar sabroso? ¿Ver quisieras
un hombre que te habla en nube envuelto?
¿Quieres soñar, mas sin estar dormido?
¿Quieres llorar y reír al mismo tiempo?
¿Quieres perderte sin que sufras daño,
y encontrarte después sin embeleso?
¿Quieres leer tu vida, sin que sepas
que la estás en mis páginas leyendo,
y ver si eres bendito, o aún
no has alcanzado bendición del Cielo?
¡Oh, ven acá!, toma mi libro y ponlo
junto a tu corazón y a tu cerebro.

JOHN BUNYAN

(Versión métrica de Carlos Araujo Carretero)

Comienza el sueño del autor: Cristiano, convencido de pecado, huye de la ira venidera, y Evangelista lo dirige a Cristo.

Iba yo caminando por el desierto de este mundo, cuando me encontré en un paraje donde había una cueva. Me recogí en ella fatigado, y habiéndome quedado dormido, tuve el siguiente sueño.

Vi a un hombre en pie, cubierto de andrajos, vuelto de espaldas a su casa, con una pesada carga sobre sus hombros y un libro en sus manos. Fijando en él mi atención, vi que abría el libro y leía en él, y según iba leyendo, lloraba y se estremecía; hasta que, no pudiendo contenerse más, emitió un doloroso lamento y exclamó:

—¿Qué haré?¹.

En este estado regresó a su casa, procurando reprimirse todo lo posible para que su mujer y sus hijos no se percatasen de su dolor. Mas no pudiendo disimularlo por más tiempo, porque su malestar aumentaba, se descubrió ante ellos y les dijo:

—Queridísima esposa mía; y vosotros, hijos de mi corazón: yo, vuestro amante amigo, me veo perdido por razón de esta carga que me abruma. Además, sé ciertamente que nuestra ciudad va a ser abrasada por el fuego del Cielo, y todos seremos envueltos en una catástrofe terrible si no hallamos remedio para escapar, el cual hasta ahora no he encontrado.

Grande fue la sorpresa que estas palabras produjeron en todos sus parientes: no porque las creyesen verdaderas, sino porque las consideraban resultado de algún delirio. Y puesto que la noche estaba ya muy próxima, se apresuraron a llevarlo a la cama, con la esperanza de que

el sueño y el reposo calmarían su cerebro. Pero la noche le resultaba tan molesta como el día: sus párpados no se cerraron para descansar, y la pasó entre lágrimas y suspiros.

Interrogado por la mañana acerca su estado, respondió:

—Me siento peor, y mi mal crece a cada instante.

Y como empezase a repetir las lamentaciones de la tarde anterior, se endurecieron contra él, en lugar de compadecerle. Intentaron entonces recabar mediante la aspereza aquello que con la dulzura no habían conseguido: unas veces se burlaban, otras le reñían, y otras le dejaban completamente abandonado. No le quedaba, pues, otro recurso que encerrarse en su cuarto para orar y llorar —tanto por ellos como por su propia desventura—; o salirse al campo y desahogar en su espaciosa soledad la pena que tenía en el corazón.

En una de estas salidas lo vi muy decaído de ánimo y sobremanera desconsolado; leyendo en su libro, según tenía por costumbre. Y mientras leía le oí de nuevo exclamar:

—¿Qué debo hacer para ser salvo?².

Sus miradas inquietas se dirigían a una y otra parte, como buscando un camino por donde huir; pero permanecía inmóvil, porque no lo hallaba. Entonces vi venir hacia él a un hombre llamado Evangelista, y escuché el siguiente diálogo:

EVANGELISTA.— ¿Por qué lloras?

CRISTIANO.— (*Tal era su nombre*). Este libro me dice que estoy condenado a morir; y que después he de ser juzgado³; y yo no quiero morir, ni estoy preparado para el Juicio.

EVANG.— ¿Por qué no has de querer morir, cuando tu vida está plagada de tantos males?

CRIST.— Porque temo que esta carga que llevo sobre mí me ha de hundir más hondo que el sepulcro, y que he de caer en Tofet⁴. Y si no estoy preparado para ir a la cárcel, menos lo estoy para el Juicio, y muchísimo menos para el tormento. ¿Cómo no quiere que lllore y me estremezca?

EVANG.— ¿Entonces, por qué no tomas una resolución? Ten, lee.

CRIST.— (*Recibiendo un rollo de pergamino y leyendo*). «Huye de la ira venidera!»⁵. ¿Adónde y por dónde debo huir?

EVANG.— (*Señalando a un campo muy espacioso*). ¿Ves esa puerta angosta?⁶

CRIST.— No.

EVANG.— ¿Ves allá, lejos, el resplandor de una luz?⁷

CRIST.— ¡Ah, sí!

EVANG.— No la pierdas de vista: ve derecho hacia ella y encontrarás la puerta; llama, y allí te dirán lo que debes hacer.

¹Hechos 2:37

²Hechos 16:30-31

³Hebreos 9:27

⁴Isaías 30:33

⁵Mateo 3:7

⁶Mateo 7:13-14

⁷Salmo 119:105; 2 Pedro 1:19

Prosigue Cristiano su peregrinación y Obstinado y Flexible lo abandonan.

Echó a correr Cristiano en la dirección que se le había indicado; pero no estaba aún muy lejos de su casa cuando, percatándose su mujer y sus hijos, empezaron a dar voces tras él, rogándole que volviese. Cristiano, entretanto, sin detenerse y tapándose los oídos, gritaba desaforadamente:

—¡Vida, vida, vida eterna...! —y sin volver la vista atrás¹ siguió corriendo hacia la llanura.

A las voces acudieron también los vecinos: unos se burlaban de verle correr; otros le amenazaban; y muchos le daban voces para que volviese. Dos de ellos, Obstinado y Flexible, pretendieron alcanzarle para obligarlo a retroceder; y aunque era ya mucha la distancia que los separaba, no pararon hasta que le dieron alcance.

—Vecinos míos —les dijo el fugitivo—, ¿a qué habéis venido?

—A convencerte de que vuelvas con nosotros —respondieron.

—Imposible —respondió él—; la ciudad en que vivís, y donde yo también he nacido, es la ciudad de Destrucción. Me consta que así es; y que los que viven en ella, más tarde o más temprano, se hundirán más hondo que el sepulcro: en un lugar que arde con fuego y azufre. Ea, pues, vecinos, ánimo y venid conmigo.

OBSTINADO.— ¿Pero hemos de dejar a nuestros amigos y todas nuestras comodidades?

CRIST.— Sí, porque todo lo que tengáis que abandonar ahora no es nada comparado con lo que yo busco

disfrutar². Si me acompañáis también disfrutaréis conmigo; porque allí hay abundancia³. Vamos, pues, y os informaréis por vosotros mismos de la verdad de cuanto os digo.

OBST.— ¿Pues qué cosas son esas que buscas, y por las cuales lo dejas todo?

CRIST.— Busco una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible⁴, reservada con seguridad en el Cielo para ser entregada a su tiempo a los que la buscan con diligencia. Esto dice mi libro: leedlo si gustáis y os convenceréis de la verdad.

OBST.— ¡Necesades! Déjanos de ese libro. ¿Quieres o no volver con nosotros?

CRIST.— ¡Eso nunca... nunca! He puesto ya mi mano en el arado⁵.

OBST.— Vámonos, pues, vecino Flexible, y dejémosle. Hay una clase de personas, simples como este, a las cuales cuando se les mete una cosa en la cabeza, se creen más sabias que los siete famosos de Grecia.

FLEX.— Nada de improperios, amigo: ¿quién sabe si no será verdad lo que dice Cristiano? Y entonces lo que él busca vale mucho más que todo lo que nosotros poseemos; me voy inclinando a seguirle...

OBST.— ¿Cómo, más necios aún? No seas loco, y vuélvete conmigo. ¡Sabe Dios adónde te llevará ese mentecato! Vámonos, no seas simple.

CRIST.— No hagas caso, amigo Flexible: acompáñame y tendrás no solo cuanto te he dicho, sino muchas cosas más. Si a mí no me crees, lee este libro, que está sellado con la sangre del que lo escribió⁶.

FLEX.— Amigo Obstinado, estoy decidido: voy a seguir a este hombre y a unir mi suerte con la suya.

¿Pero —dirigiéndose a Cristiano— sabes tú el camino que nos ha de llevar al lugar que deseamos?

CRIST.— Me ha dado la dirección un hombre llamado Evangelista. Debemos ir en busca de la puerta angosta que está más adelante, y allí se nos informará de nuestro camino.

FLEX.— Vayamos, pues: ¡Andando! —Y emprendieron juntos la marcha.

Obstinado se volvió solo a la ciudad, lamentándose del fanatismo de sus dos vecinos. Estos continuaron su camino, hablando amistosamente de la necia terquedad de Obstinado, que no había podido percibir el poder y los terrores de lo invisible, y de la grandeza de las cosas que esperaban.

—Las imagino —decía Cristiano—, pero no encuentro palabras suficientes para explicarlas. Abramos el libro y leámoslas en él.

FLEX.— ¿Pero... estás convencido de que es verdad lo que dice el libro?

CRIST.— Sí, porque lo ha escrito Aquel que no puede ni engañarse a sí mismo ni engañarnos⁷.

FLEX.— Léeme, pues.

CRIST.— Recibiremos la posesión de un reino que no tendrá fin, y se nos dotará de vida eterna para que podamos poseerlo perpetuamente⁸. Se nos darán coronas de gloria y unas vestiduras resplandecientes, como el sol cuando brilla en el firmamento⁹. Allí no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor¹⁰, porque el Señor del Reino enjugará toda lágrima de nuestros ojos.

FLEX.— ¡Qué cosa más hermosa y magnífica! ¿Y con quiénes estaremos allí?

CRIST.— Estaremos con los serafines y querubines, cria-

turas cuyo brillo nos deslumbrará. Encontraremos también allí a millares que nos han precedido: todos inocentes, amables y santos, que andan perpetuamente aprobados en la presencia de Dios. Allí veremos a los ancianos con sus coronas de oro¹¹; a vírgenes y santos cantando suavemente con sus arpas doradas¹²; a muchos hombres a quienes el mundo descuartizó, que fueron quemados en las hogueras, despedazados por las bestias feroces, arrojados a las aguas, y todo por amor al Señor de ese Reino; todos ellos felices y vestidos de inmortalidad¹³.

FLEX.— La simple relación de esto arrebató de entusiasmo mi alma. ¿Pero es verdad que hemos de gozar de todas estas cosas? ¿Y qué hemos de hacer para conseguirlo?

CRIST.— El Señor del Reino lo ha consignado en este libro¹⁴; y, en suma, es lo siguiente: «Si verdaderamente lo deseamos, él nos lo concederá de balde».

FLEX.— Bien, mi buen amigo. Mi corazón salta de alegría; sigamos adelante y apresuremos nuestra llegada.

CRIST.— ¡Ay de mí! No puedo ir tan deprisa como quisiera, porque esta carga me abrumba.

En tal conversación iban agradablemente entretenidos cuando los vi llegar a la orilla de un cenagoso pantano que había en la mitad de la llanura, y descuidados precipitarse en él. Se llamaba el pantano del Desaliento. ¡Pobres! Los vi revolcarse en su fango, llenándose de inmundicia, y a Cristiano, por su parte, hundirse en el cieno a causa de su pesada carga.

—¿Dónde nos hemos metido? —exclamó Flexible.

—No lo sé —respondió Cristiano.

—¿Es esta —repuso aquel muy enojado— la dicha que hace un momento me elogiabas tanto? Si tan mal lo

pasamos al principio de nuestro viaje, ¿qué no podemos esperar antes de concluirlo? Salga yo bien de esta, y podrás gozar tú solo de la plena posesión de ese país tan magnífico.

Y haciendo un supremo esfuerzo, de dos o tres saltos se puso en la orilla que estaba más inmediata a su casa, se marchó, y Cristiano no lo volvió a ver más. Este, por su parte, seguía revolcándose en el fango: cayendo unas veces y levantándose, y volviendo a caer, pero siempre adelantando algo en la dirección contraria a la de su casa, aproximándose a la puerta angosta. Pero la pesada carga que llevaba sobre sí le impedía mucho. Hasta que llegó una persona, llamada Auxilio, quien dirigiéndose a él, le dijo:

—¿Cómo has venido a parar aquí, desgraciado?

CRIST.— Señor, un hombre llamado Evangelista me señaló esta dirección, y añadió que pasando por esa puerta angosta estaría libre de la ira venidera. Seguí su consejo y he venido a parar donde me ves.

AUXILIO.— Sí, ¿pero por qué no buscaste las piedras colocadas para pasarlo?

CRIST.— Era tanto el miedo que se apoderó de mí que, sin reparar en nada, eché por el camino más corto, y caí en este lodazal.

AUXILIO.— Vamos, dame la mano.

Cristiano vio los cielos abiertos: se asió de la mano de Auxilio, salió de su mal paso, y ya en terreno firme, prosiguió su camino, como su libertador le había dicho.

Entonces me acerqué a Auxilio y le pregunté:

—Por qué siendo este el camino directo entre la ciudad de Destrucción y esa portezuela, no se manda arreglar este sitio en bien de los pobres viajeros?

—Es imposible —me respondió—; se trata del lodazal al que afluyen todas las heces e inmundicias que proceden de la convicción de pecado; por eso se llama el pantano del Desaliento. Cuando el pecador despierta a la comprensión de sus culpas y de su estado de perdición, surgen en su alma dudas, temores, aprensiones desconsoladoras, que se juntan y se estancan en este lugar. ¿Entiendes ya por qué es un sitio tan malo e imposible de componer?

No era seguramente la voluntad del Rey que quedase tan malo¹⁵: sus obreros han estado por espacio de muchos siglos, y bajo la dirección de los ingenieros de S. M., haciendo cuanto estaba en su poder para arreglarlo. ¡Cuántos miles de carros y cuántos millones de enseñanzas saludables no se han hecho venir aquí de todas partes y de todos los dominios de S. M.! Ya pesar de que los inteligentes dicen que estos son los mejores materiales para componerlo, ni se ha podido lograr hasta hoy, ni se logrará en adelante. El pantano subsiste y subsistirá.

Lo único que se ha podido hacer está hecho: se han colocado en medio de él, por orden del Legislador, unas piedras buenas, sólidas, por donde se podría pasar; pero cuando el lodazal se agita (y esto sucede siempre que hay variación de tiempo), despiden unos miasmas que atufan a los viajeros, y estos no ven las piedras y caen en el fango. Por fortuna, cuando logran llegar a la puerta, ya tienen terreno sólido y bueno.

Después de esto vi que, habiendo llegado Flexible a su casa, sus vecinos fueron en tropel a visitarlo: unos alababan su prudencia por haberse retirado a tiempo de la empresa; otros lo censuraban por haberse dejado engañar por Cristiano; y algunos lo calificaban de cobarde, ya

que, una vez puesto su pie en el camino, unas pequeñas dificultades no debieran de haber sido suficientes para hacerle retroceder. Flexible se sintió abatido y avergonzado; pero se repuso muy pronto, y entonces todos a coro empezaron a burlarse de Cristiano en su ausencia. Con esto ya no pienso volver a ocuparme de Flexible.

¹Génesis 19:17, 22

²Romanos 8:18

³Lucas 15:17

⁴1 Pedro 1:4

⁵Lucas 9:62

⁶Hebreos 9:17-21

⁷Tito 1:2

⁸Juan 10:27-29

⁹2 Timoteo 4:8; Mateo 13:43

¹⁰Isaías 25:8; Apocalipsis 21:4

¹¹Apocalipsis 14:1-5

¹²Apocalipsis 5:11; 4:4

¹³Juan 12:25; 2 Corintios 5:2; Hebreos 11:33-37

¹⁴Isaías 55:1-2, 7; Apocalipsis 22:17

¹⁵Isaías 35:3-4

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *El progreso del peregrino*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!